

Una tierra amada lejos de casa

Harumi Miyashiro observa el mar desde en una de las playas de Nago, en la prefectura de Okinawa en Japón. Mira el azul turquesa que se extiende en todo el horizonte, los bellos arrecifes que adornan el paisaje, los acantilados que le dan un toque de majestuosidad al escenario y en medio de todo eso, disfruta orgullosa de su cultura, historia y el misticismo del lugar, donde nació y donde también nacieron y murieron todos sus ancestros.

De repente siente algunos movimientos extraños que la alejan de la sensación de paz que le genera este paisaje paradisiaco. Como si tuviera el don de la ubicuidad, ella sigue sintiendo la brisa marina en su rostro pero al mismo tiempo y como en un sueño confuso, manos extrañas la abrazan, la mueven, le ponen algo sobre su cara e inmediatamente siente que el aire fresco invade su cuerpo.

En ese momento escucha a lo lejos voces en español que no entiende del todo, a pesar de que lleva más de 60 años viviendo en México y tuvo la capacidad de dominar el idioma extranjero. Ve en imágenes difusas a seres vestidos de blanco que la rodean, cubiertos con batas blancas y mascarillas de plástico; no sabe en realidad quienes son pero le dicen que aguante, que resista un poco, que todo estará bien.

El mar es la vida y la esencia de lo originarios de Okinawa. Ellos dicen que en su corazón “uchimanchu” llevan un poco de arena y sal marina y que los Shisha -espíritus benefactores de la cultura Ryukyu que son seres mitológicos con una imagen mitad león y mitad perro- los protegen.

Y Harumi ahora siente que está cerca de ellos y de sus antepasados, pero no tiene miedo ni sufre por esto, mientras percibe movimientos como cuando se subió por primera vez a un barco en el que viajó a Tokio junto con su mamá y su hermana, para visitar a un tío –hermano de su madre- que trabajaba en el Palacio Imperial.

Ese viaje fue inolvidable para la pequeña Harumi, que con apenas 6 o 7 años vio por primera vez lo majestuoso del mundo fuera de la isla de Okinawa y de los territorios de lo que fue el antiguo reino de Ryukyu.

Algo distrae su mente y es un pinchazo en el brazo, donde alcanza a ver que está conectada a una pequeña manguera y alguien le dice: “esto es para que no se deshidrate y para controlar su temperatura”.

Ella no entiende nada de esas palabras, pero escucha –también muy lejano – un sonido parecido a una sirena, como la que sonaba en el muelle de Naha, donde abordó el barco que la llevó a Tokio por primera vez.

Aquella época fue la más feliz para Harumi, ya que vivía toda su familia junta. Con sus amigos y primos, jugaban en la playa y pescaban en los ríos que rodeaban su pueblo. También cosechaba con su abuelo algunas verduras para comer y ayudaba a su abuela después de ir a la escuela en la elaboración de tofu y nori, algo que le sirvió muchos años después para establecer un pequeño negocio en México de comida japonesa y productos tradicionales de Okinawa, con el que pudo tener una vida apacible y estable en su nuevo país.

Pero se da cuenta que uno de esos seres vestidos de blanco le habla y ella no entiende nada; sin embargo, ve reflejado en el plástico que protege la cara de ese desconocido, un rostro –ella no puede identificarse- con una mascarilla, algo parecido a lo que usaban algunos pilotos estadounidenses de la Segunda Guerra Mundial que tomaron a Okinawa como su base de operaciones.

Movimientos fuertes sacuden su cuerpo y siente como si estuviera volando mientras mira a su alrededor que desaparecen las cosas –las pocas que puede ver-. Hay exceso de ruido, también mucha gente que está amontonada en torno a ella y eso la hace suponer que algo anda mal, aunque es difícil discernir en esos momentos para quién.

Nuevamente en el ambiente surge ese sonido que antes identificó con el barco y el muelle de Naha, pero ahora es mucho más fuerte y peligroso, sabe que están en riesgo y que es el momento de resguardarse, de ir a los refugios y de llevar a los niños más pequeños a esconderse. Reconoce ahora que las sirenas anuncian los bombardeos y nadie está a salvo.

Explosiones, derrumbes de casas, el martilleo de las balas y muertos por todos lados. Los niños con los que jugaba en el río fueron alcanzados por las bombas y ella los ve. Observa a sus primos, solo unos años más grandes que ella pero todavía en la adolescencia, que portan el uniforme del ejército japonés con el crisantemo como símbolo de honor y de orgullo por servir y morir en nombre del Emperador.

Se desespera por esto y los desconocidos vestidos de blanco lo perciben. Sus signos vitales han caído, están casi por perderla. Harumi siente mucho calor en su cuerpo, pero sabe que son las bombas que caen una tras otra e irradian energía mortal. Apenas percibe algunos impulsos eléctricos en su cuerpo, como especie de descargas, pero ella está más preocupada porque su mamá y su abuela se han quedado solas, todos los hombres de su familia han muerto en la guerra y no tienen nada para comer.

No queda más que ir a los cerros a buscar hierbas, lombrices o víboras, lo que sea para tener algo que llevarse a la boca. Se acuerda entonces de la primera vez que tuvo que comerse una lombriz y de esa sensación que le originó repulsión y asco, al sentir al pequeño animal que atravesaba por todo su cuerpo, pero era lo único que tenían para sobrevivir.

Mientras llegan esos recuerdos, los desconocidos de bata blanca le abren la boca, le meten un tubo y la conectan a un respirador; es la última opción para rescatarla. Ese día cuando comieron lombrices, fue tal vez el peor de su vida pero también presagiaba el fin de la guerra y sin saberlo, un mejor futuro.

Poco después se enteraron de lo que había sucedido en Hiroshima y Nagasaki, de que Japón había perdido y que Okinawa fue tomada por los Estados Unidos, ocupación que terminó hasta 1972, cuando Harumi ya tenía muchos años viviendo en México, lugar que consideraba como su tierra amada aun siendo extranjera y en la que también fue feliz.

Al igual que con la guerra, Harumi sobrevivió a la pandemia a pesar de tener muy pocas esperanzas, gracias a la labor heroica de los médicos y enfermeras. Tiempo después pudo regresar a su casa en Okinawa y recorrer nuevamente sus playas, sus arrecifes y acantilados, con el presagio de que habrá un mejor futuro para todos a pesar de las adversidades.